

VII

Si, ¿lo creerán ustedes? me miraba, ¡y de qué modo! Yo no podía explicarme la causa que motivaba aquella tenaz curiosidad, y si he de decir verdad como hombre honrado, aún no he salido de dudas. Yo servía á la mesa, como es de suponer, y no pueden ustedes figurarse cuál fué mi turbación cuando advertí que aquella hermosa dama, objeto por parte mía de la más fervorosa admiración, fijaba en mí los ojos más perfectos que, según creo, se han abierto á la luz desde que hay luz en el mundo. Un color se me iba y otro se me venía; á veces mi sangre toda corría precipitadamente hacia mi semblante, poniéndome encendido, y á veces se recogía por entero en mi palpitante corazón, dejándome más pálido que un difunto. Ignoro el número de fuentes que rompí aquella noche, pues las manos me temblaban, y creo que serví de un modo lamentable, trocando el orden de los platos, y dando sal cuando me pedían azúcar.

Yo decía para mí: ¿qué es esto? ¿Tendré algo en la cara? ¿Porqué me mirará tanto esa señora? . . . Al salir fuera, iba á la cocina, me miraba á toda prisa en un espejillo roto que allí tenía; mas no encontraba en mi semblante nada que de notar fuese. Volvía á la sala, y otra vez Amaranta me clavaba los ojos.

Por un instante llegué á creer. . . ¡pero quí! me reía yo mismo de tan loca presunción. Cómo era posible que una dama tan hermosa y principal sintiera. . . ¡Ay! recuerdo haber dicho, aunque al revés, lo que después escribió en un célebre verso cierto poeta moderno. Pero todo debía ser un sueño de mi infantil soberbia. ¿Cómo podía la estrella del cielo mirar al gusano de la tierra, sino para recrearse, comparando, en su propia magnitud y belleza?

Pero debo añadir otra circunstancia, y es que cuando mi ama me reprendía por las muchas torpezas que cometí en el servicio de la mesa, Amaranta acompañaba sus miradas en la dulce sonrisa, que parecía implorar indulgencia por mis faltas. Yo estaba perplejo, y un violento fluído que parecía súbito acrecentamiento de vida, corría por mis nervios, produciéndome una actividad devoradora á la cual seguía vago aturdimiento.

Después de largo rato, la conversación, anudándose de nuevo, fué general. El marqués, viendo que no se le preguntaba nada, estaba en gran desasosiego, y á los rostros de todos dirigía con inquietud sus ojos buscando una víctima de su charla; pero nadie parecía dispuesto á escucharle, con lo cual, lleno de enojo, tomó la palabra para decir que si continuaban apremiándole para que hablara, se vería en el caso de no poner segunda vez á prueba su discreción concurriendo á tertulias donde no reinaba el más profundo respeto hacia los secretos de la diplomacia.

Pero si no le hemos dicho á usted una palabra—indicó Lesbia riendo.

Isidoro, conociendo que el marqués era enemigo de Godoy, dijo con mucha sorna:

—No se puede negar que el Principe de la Paz, como hombre de gran talento, burlará las intrigas de sus enemigos. Napoleón le apoya, y no digo yo la coronita de los Algarbes, sino la de Portugal entero, ó quizás otra mejor, recibirá de manos de Su Majestad Imperial. Conozco á Napoleón, le he tratado en París, y sé que gusta de los hombres arrojados como Godoy. Verá usted, verá usted, señor marqués, todavía le he-

mos de ver á usted llamado á los consejos del nuevo rey, y tal vez representándole como plenipotenciario en alguna de las Cortes de Europa.

El marqués se limpió la boca con la servilleta, echose hacia atrás, sopló con fuerza, desahogando la satisfacción que le producía el verse interpelado de aquel modo, fijó la vista en un vaso, como buscando misterioso punto de apoyo para una sutil meditación, y dijo con mucha pausa:

—Mis enemigos, que son muchos, han hecho correr por toda Europa la especie de que yo llevaba correspondencia secreta con el Príncipe de Talleyrand, con el Príncipe Borghe-se, con el Príncipe Piombino, con el gran duque de Arem-berg y con Luciano Bonaparte en connivencia con Godoy, para estipular las bases de un tratado en virtud del cual España cedería las provincias catalanas á Francia á cambio de Portugal y el reino de Nápoles..... pasando Milán á la reina de Etruria, y el reino de Westfalia á un infante de España.

Yo sé que esto se ha dicho—añadió alzando la voz y dando un fuerte puñetazo en la mesa.—¡Yo sé que esto se ha dicho: ra llegado á mis oídos, sí, señor! Los calumniadores lo hicieron creer á los soberanos de Austria y Prusia; se me interpeló sobre el caso, Rusia no titubeó en hacerse eco de la calumnia, y fué preciso que yo empleara todo mi valimiento y tacto para disipar las densas nubes que se había acumulado en el horizonte de mi reputación.

Al decir esto, el marqués el mismo tono que habría usado ante un Congreso de los principales políticos de Europa. Después de sonarse con estrépito, prosiguió así:

—Afortunadamente soy bien conocido, y al fin..... tengo la satisfacción de haber sido objeto de las más satisfactorias frases por parte de los soberanos citados. ¡Ah!..... ya sé yo el objeto que guió á los calumniadores y el sitio de donde partió la calumnia. En casa de Godoy se inventó esa trama abominable con objeto de ver si, autorizada con mi nombre, podía tal combinación correr con alguna fortuna por Europa. Pero tan inicuos planes quedaron sin éxito, como era de suponer, y la Europa entera convencida de que el Príncipe de la Paz

y yo no podemos obrar de concierto en negocio alguno de interés general para las grandes potencias.

—¿De modo—dijo Isidoro,—que usted no es, como dicen, amigo secreto de Godoy?.

El diplomático frunció el ceño, sonrió con desdén, llevó un polvo á la nariz y continuó así:

—¿Qué incongruentes especies no inventará la calumnia? ¿Qué torpes ardidés no imaginarán la astucia y la doblez contra la prudencia y el saber? Mil veces me han hecho esos cargos, y mil veces los he rebatido. Pero es fuerza que repita ahora lo que en otras ocasiones he dicho. Había hecho propósito solemne de no ocuparme más de este asunto; pero la terquedad de mis amigos y la obcecación del público me obligan á ello. Hablaré claro: si en el calor de mi defensa hago revelaciones que puedan sonar mal en ciertos oídos, cúlpese á los que me han provocado, no á mí, que todo debo posponerlo al brillo de mi inmaculada reputación.

Lesbia, Isidoro y mi ama hacían esfuerzos para contener la risa al ver el énfasis con que nuestro hombre defendía, contra imaginarias acusaciones, una personalidad de que nadie se ocupaba sino él. Amaranta parecía meditabunda, mas sus reflexiones no le impedían fijar alguna vez en mí sus incomparables ojos.

—En el año de 1792—dijo el viejo,—cayó del ministerio el conde de Floridablanca, que se había propuesto poner coto á los extragos de la revolución francesa, ¡Ah! El vulgo no conoció la mano oculta que había arrojado de la Secretaría de Estado á aquel hombre insigne, envejecido en servicio del Rey. ¿Pero cómo podía ocultarse á los hombres perspicaces la máquina interior de aquel cambio de Ministerio? Un joven de veinticinco años á quien los Reyes miraban con particular afecto, y que tenía frecuente entrada en Palacio, y hasta participación en los Consejos, influyó en el cambio de Ministerio, y en la elevación del señor conde de Aranda. ¿Tuve yo participación en aquel suceso? No, mil veces no: hallábame á la sazón agregado á la Embajada española, cerca del Emperador Leopoldo, y no pude de ningún modo influir para que desempeñara el Mi-

nisterio mi amigo el conde de Aranda. Pero ¡ay! éste duró poco en el poder, porque nuevas maquinaciones le derribaron, y en Noviembre del mismo año España y el mundo todo vieron con sorpresa que era elevado á la primera dignidad política aquel mismo joven de veinticinco años, ya colmado de honores inmerecidos, tales como el ducado de la Alcudía y la grandeza de España de primera clase, la gran Cruz de Carlos III, la cruz de Santiago, los cargos de ayudante general del Cuerpo de guardias, mariscal de campo de los reales ejércitos, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, sargento mayor del real cuerpo de Guardia de Corps, consejero de Estado, superintendente general de Correos y Caminos, etc., etc. Empeñó Godoy las riendas del Estado en tiempos muy críticos; todos los hombres de previsión comprendíamos la proximidad de grandes males, é hicimos lo posible por conjurarlos. El torpe duque de la Alcudía declaró la guerra á Francia, contra la opinión de Aranda y de todos cuantos teníamos alguna experiencia en los negocios. ¿Se nos hizo caso? No. ¿Se oyeron nuestros consejos? No. Pues veamos ahora lo que ocurría después de hecha la paz con Francia.

«El Rey continuaba acumulando en la persona de su favorito, toda clase de distinciones y honores: por fin lo enlazó con una princesa de la familia real. Tanto favor dispensado á un hombre nulo y que en los más indignos hechos buscaba ocasión de medro, produjo la animadversión y el descontento de todos los españoles. La caída de un favorito que había desconcertado al Erario público y desmoralizado á la justicia, era segura. Y aquí debo decir, aunque por un momento falte á las leyes de mi sistemática reserva, que yo en nada influí para que entraran en los Ministerios de Hacienda, Gracia y Justicia, Saavedra y Jovellanos. Ruego á ustedes que no revelen este secreto, que hoy por primera vez sale de mis labios.

—Seremos tan callados como guardacantones, señor marqués—dijo Isidoro.

—Pero la cosa no tenía remedio—continuó el diplomático—dirigiendo sus ojos á todos los lados de la sala, como si le

oyera gran número de personas.—Jovellanos y Saavedra no podían concertarse con el Gobierno con quien ha sido siempre la misma torpeza y la corrupción en persona. La república francesa trabajaba en contra del favorito. Jovellanos y Saavedra se empeñaron en desprenderse de tan peligroso compañero, y al fin el Rey, cediendo á tantas sugerencias, y á la voz popular, dió á Godoy su retiro en Marzo de 1798. Yo declaro aquí una vez para siempre, que no tuve participación en su caída, como han dado en suponer. Y esta sería ocasión de decir algo que sé, y que siempre he llamado: pero... no, no fio bastante en la prudencia de los que me escuchan, y prefiero guardar silencio sobre un punto delicado que nadie conoce. Conste tan sólo que no contribuí á la caída de Godoy en 1798.

—Pero la desgracia del Sr. Don Manuel duró poco—dijo Isidoro,—porque el Ministerio Jovellanos-Saavedra fué de poca duración, y el de Caballero y Urquijo, que le sucedió, tampoco tuvo larga vida.

—Efectivamente, á eso iba—continuó el marqués.—Los Reyes no podían pasarse sin su amigo. Ocupó éste nuevamente la Secretaría de Estado, y queriendo acreditarse de guerrero, ideó la expedición contra Portugal, para obligar á este pequeño reino á romper sus relaciones con Inglaterra. Ya desde entonces nuestro Ministro no pensaba más que en secundar los planes de Bonaparte; del modo menos ventajoso para España. El mismo mandó aquel ejército, que se puso en pie de guerra á costa de grandes sacrificios; y cuando los pobres portugueses abandonaron á Olivenza sin que pudiera entablarse una lucha formal, el favorito celebró sus soñadas victorias con un festejo teatral que dió á aquella guerra el nombre de *guerra de las naranjas*. Ustedes saben que los Reyes habían acudido á la frontera. El favorito mandó construir unas angarillas, que adornó con flores y ramaje, y sobre esta máquina hizo poner á la Reina, que fué tan chabacanamente llevada en procesión ante las tropas, para recibir de manos del Generalísimo un ramo de naranjas, cogido en Elvas por nuestros soldados. No añadiré una palabra más, ni recordaré los punzantes chistes que circularon en aquella ocasión de boca

en boca. Que cada cual se entienda con su conciencia, y que todos tengan bastante energía para defender sus propios actos, como defendiendo yo los míos en este momento. Ahora paso á otra cuestión.

«Y aunque necesite repetirlo mil veces, diré también que no tuve parte alguna en las negociaciones del tratado de San Ildefonso, ni en la alianza de nuestra marina con la francesa, origen del desastre de Trafalgar. Pero sobre este tratado sé cosas curiosísimas que me confió el general Duroc y que no puedo revelar á ustedes por más empeño que muestren en conocerlas. No... no me pidan ustedes que revele lo que sé; no pongan á prueba mi discreción: hay secretos que no pueden confiarse en el seno de la amistad más íntima. Yo debo callar y callaré. Si los dijese, cuán pronto confundiría al Príncipe de la Paz y á los que me suponían cómplice de sus infames tratos con Bonaparte. Mi único afán ha consistido en destruir sus combinaciones, y aquí en confianza puedo decir que repetidas veces lo he conseguido. Por eso se empeña en desacreditarme á los ojos de Europa, en malquistarme con los hombres de Estado, que han depositado en mi su confianza; por eso suena mi nombre unido á todas las combinaciones que fragua Izquierdo en París. Pero ¡ah! gracias á mi destreza podré anonadar á los calumniadores, salvando mi buen nombre. Ojalá pudiera asimismo salvar á nuestros Reyes y á nuestro país del descrédito á que los conduce ciegamente un hombre abominable, que se ha elevado por las causas que todos sabemos, y sigue dirigiendo la nave del Estado, válido de su torpe arrogancia é insolente travesura.

Dijo, y llevándose á la nariz con diplomático aplomo el polvo de rapé, se sonó con más estruendo que el de una batería, miró á todos por encima del pañuelo, y luego pronunció algunas vagas frases que anunciaban la agitación de su grande espíritu. Oyéndole y viéndole, parecía que sobre el mantel de la mesa que yo había servido iban á resolverse las más árduas cuestiones europeas, repartiendo pueblos y arreglando naciones como en el tapete de Campo Formio, de Presburgo ó de Luneville

—Estamos ya convencidos, señor marqués—dijo Lesbia,—de que usted no ha tenido ni tiene parte alguna en los desastres ocasionados por el Príncipe de la Paz; pero no nos ha dicho cuáles son los grandes males que nos amenazan.

—Ni una palabra más, no añadiré, ni una palabra más—dijo el marqués alzando la voz.—Cesen, pues las preguntas. Todo es inútil, señoras mías. Soy inflexible é implacable: todos los esfuerzos, todas las astucias de la curiosidad no conseguirán arrancarme una revelación. He suplicado á ustedes que no me preguntasen nada, y ahora, no ruego, sino que mando que me dejen en paz, renunciando á corromper y sobornar mi experimentada prudencia con los halagos de la amistad.

Oyendo al diplomático, yo recordaba á cierto mentiroso llamado Don José María Malespina. Ambos eran portentos de vanidad; pero el de Cádiz mentía desvergonzadamente y sin atadero, mientras que el de Madrid, sin alterar nunca los sucesos reales, se suponía hombre de importancia, y su prurito consistía en defenderse de ataques imaginarios y en negarse á revelar secretos que no sabía. Esto prueba la inmensa variedad que el Creador ha puesto en la fauna moral, así como en la física.

Isidoro y Lesbia, retirándose de la mesa, habían vuelto á formar la tela de araña de sus comunicaciones amorosas. Mi ama había variado en sus disposiciones favorables hacia el marqués. En vano le prometió franquearse con ella, revelándole lo que ningún sér humano había oído hasta entonces de sus labios; pero sin duda á la González no debió de halagar mucho la promesa de conocer los planes de todas las potencias europeas, porque no tuvo para su solicitado cortejante palabra ni frase alguna que no fuesen el mismo acibar.

Amaranta, cuya reconcentración mental se desvanecía poco á poco, clavó en mí sus ojos de una manera que parecía indicar vivo deseo de entablar conversación conmigo. En efecto, contra todas las prescripciones del decoro, en cierta ocasión en que yo recogía los platos vacíos que tenía delante, se sonrió de un modo celestial, atravesándome el corazón con estas palabras:

—¿Estás contento con tu ama?

No puedo asegurarlo terminantemente; pero creo que sin mirarla, contesté:—Sí, señora.

—¿Y no desearías cambiar de ama? ¿No deseas encontrar colocación en otra parte?

Tampoco aseguro que sea cierto, pero me parece que respondí:—Según con quien fuera.

—Tú pareces un chico de disposición—añadió con una sonrisa que parecía abrir el cielo ante mis ojos.

A esto sí estoy seguro de no haber contestado una palabra. Después de una breve pausa, en que mi corazón parecía querer echarse fuera del pecho, tuve un arranque de osadía, que hoy mismo me causa asombro, y dije:

—¿Es que quiere usía tomarme á su servicio?

Al oirme, Amaranta prorrumpió en graciosa carcajada, y yo me quedé perplejo, creyendo haber dicho alguna inconveniencia. Al punto salí de la sala con mi carga de platos: en la cocina procuré calmar mi turbación, tratando de explicarme los sentimientos de Amaranta respecto á mí, y después de mil dudas, dije:

—Mañana mismo le contaré todo á Inés, y veremos lo que ella piensa.

VIII.

Cuando regresé á la sala, la escena continuaba la misma, pero la llegada de un nuevo personaje iba á variarla por completo. Oímos ruido de alegres voces y como preludios de guitarra en el portal, y después entró un joven á quien diferentes veces había yo visto en el teatro. Acompañábanle otros; pero se despidieron en la puerta, y él subió solo, mas haciendo tanto ruido, que no parecía sino que un ejército se nos metía en la cabeza. Me acuerdo de que aquel buen joven vestía el traje popular, esto es, un rico marsellés, gorra peluda de forma semejante á la de los sombreros tripicos, pero mucho más pequeña, y capa de grana con forros de felpa manchada. Al verlo con esta facha, no crean ustedes que era algún manolo de Lavapiés ó chispero de Maravillas, pues los arreos con que le he presentado cubrían la persona de uno de los principales caballeros de la corte; sólo que éste, como otros muchos de su época, gustaba de buscar pasatiempo entre la gente de baja estofa, y concurría á los salones de *Polonia la Aguardentera*, *Juliana la Naranjera*, y otras célebres majas de que se hablaba mucho entonces. En sus nocturnas

correrías usaba siempre igual traje que, en honor de la verdad, le caía á las mil maravillas.

Pertenecía aquel joven á la Guardia Real, y sus conocimientos no transpasaban más allá de la ciencia heráldica, en que era muy experto, del arte del toreo y la equitación. Su constante oficio era la galantería arriba y abajo, en los estrados y en los bailes de candil. Parecían escritos expresamente para él los famosos versos:

Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto . . .

—¡Oh, D. Juan!—exclamó Amaranta, al verle entrar.

—Bien venido sea el Sr. de Mañara.

Animóse la reunión como por encanto con la entrada de aquel joven, cuyo carácter jovial y bullanguero se manifestó desde el primer momento. Advertí que el rostro de Amaranta adquiría de súbito extraordinaria viveza y malicia.

—Sr. de Mañara—dijo con gran desenfado,—llega usted á tiempo. Lesbia le echaba á usted de menos.

Lesbia miró á su amiga de un modo terrible, mientras Isidoro parecía dominado por violenta cólera.

—Aquí, D. Juan, siéntese usted á mi lado—indicó mi ama con alegría señalando á Mañara la silla que tenía á la izquierda.

—No creí encontrar á usted aquí, señora duquesa—dijo el petimetre dirigiéndose á Lesbia.—He venido, sin embargo, impulsado por la voz de mi corazón; ya veo que el corazón no se equivoca siempre.

—Lesbia estaba bastante turbada, mas no era mujer á quien arredraban las situaciones críticas, así es que entre ella y Mañara, hubo un verdadero tiroteo de dichos agudos, risas y epigramas. Máiquez estaba cada vez más intranquilo.

—Esta es noche de suerte para mí—dijo D. Juan sacando un bolsillo de seda.—He estado en casa de la Primorosa, y allí he ganado cerca de dos mil reales.

Diciendo esto, vació el oro sobre la mesa.

—¿Había allí mucha gente?—preguntó Amaranta.

—Mucha; mas la marquesita no pudo ir porque estaba con dolor de muelas. ¡Ah! nos hemos divertido.

—Para usted—dijo Amaranta con verdadero ensañamiento en su malicia—no hoy diversión allí donde no está Lesbia. Esta volvió á dirigir á su amiga terrible mirada.

—Por eso he venido.

—¿Quiere usted seguir probando fortuna?—dijo mi ama.—La baraja, Gabril; trae la baraja.

Hice lo que se me mandaba, y los oros, las espadas, los bastos y las copas se entremezclaron bajo los dedos del petimetre, que barajaba con toda la rapidez que da la experiencia.

—Sea usted banquero.

—Bien; ahí va.

Cayeron las primeras cartas: todos los personajes sacaron su dinero; fijáronse ansiosas miradas en los terribles signos, y comenzó el juego.

Por un momento no se oyeron más que estas breves y elocuentes frases: “¡Tres duros al caballo...Yo no abandono á mi siete de espadas...Bien, por el rey...Gané...Perdí...Diez á mí...Maldita sota!”

—Mala suerte tiene usted esta noche, Máiquez—dijo Mañara, recogiendo el dinero del actor, que ni una vez apuntada sin perder cuanto ponía.

—¡Y yo qué buena!—dijo mi ama recogiendo sus monedas, que ascendían ya á una respetable cantidad.

—¡Oh, Pepa; para usted es toda la suerte!—exclamó el banquero.—Pero dice el refrán: “Afortunado en el juego, desgraciado en amores.”

—En cambio usted—dijo Amaranta,—puede decir que es afortunado en ambos juegos. ¿Verdad Lesbia?

Y luego, dirigiéndose á Isidoro, que perdía mucho, añadió:

—Para usted, pobre Máiquez, si que no se ha hecho aquel refrán; porque usted es desgraciado en todo. ¿Verdad, Lesbia?

El rostro de ésta se encendió súbitamente. Me pareció que la vi dispuesta á contestar con violencia á su amiga: pero se contuvo y la tempestad quedó conjurada por algún tiempo.

El marqués perdía siempre, pero paró de jugar mientras tuvo una peseta en el bolsillo. No así Máiquez, que una vez desbalijado, recibió un préstamo del banquero, y así siguió el juego hasta más de la una, hora en que comenzaron á hablar de retirarse.

—Debo á usted treinta y siete duros—dijo Máiquez.

—Y por fin—preguntó el petimetre,—¿cuál es la función escogida para representarse, en casa de la señora marquesa?

—Ya está acordado que sea *Otello*.

—¡Oh! me parece bien, amigo Isidoro. Me entusiasma usted en el papel de celoso—dijo Mañara.

—¿Querria usted hacer el de Loredano?—preguntó el actor.

—No: es papel muy desairado. Además, no sirvo para el teatro.

—Yo le enseñaré á usted.

—Gracias. ¿Ya ha enseñado usted á Lesbia su papel?

—Lo sabe perfectamente,

—¿Cuánto deseo que llegue esa noche—dijo Amaranta.—Pero diga usted, Isidoro, si le ocurriera á usted un lance como el de *Otello*, si se viera engañado por la mujer que ama, ¿sentiría usted aquel terrible furor; sería capaz de matar á su Edelmira?

Esta flecha iba dirigida á Lesbia.

—¡Quiá!—exclamó Mañara.—Eso no pasa nunca sino en el teatro.

—No mataría á Edelmira; pero sí á Loredano—repuso Máiquez con firmeza, clavando su enérgica mirada en el petimetre.

Hubo un momento de silencio, durante el cual pude advertir perfectamente las señales de la más recontraada rabia en el rostro de Lesbia.

—Pepa, no no me has obsequiado esta noche—dijo Mañara.—Verdad es que he cenado; pero son las dos, hija mia.

Servi de beber al joven, y habiéndome retirado, oí desde fuera el siguiente diálogo. Mañara alzando una copa, llena hasta los bordes, dijo:

—Señores: brindo por nuestro querido Príncipe de Asturias: brindo porque la santa causa que representa tenga dentro

de pocos días el éxito más completo: brindo por la caída del favorito y destronamiento de los Reyes Padres.

—Muy bien—exclamó Lesbia aplaudiendo.

—Creo que estoy entre amigos—continuó el joven.—Creo que un fiel súbdito del nuevo Rey puede sin recelo manifestar aquí alegría y esperanza.

—¡Qué horror! ¿Está usted loco? Prudencia, joven—dijo el diplomático escandalizado.—¿Cómo se atreve usted á revelar?...

—Cuidado—dijo Lesbia con mucha viveza,—cuidado, Sr. Mañara, está delante una confidenta de Su Majestad la Reina

—¿Quién?

—Amaranta.

—Tú también lo eres, y según dicen posees los secretos más graves.

—No tanto como tú, hija mia—dijo Lesbia sintiendo reponerse su osadía;—tú, que, según se asegura, eres hoy depositaria de todas las confianzas de nuestra amada soberana. Esto es una gran honra para tí.

—Seguramente—repuso Amaranta, dominando su cólera.—Sigo al lado de mi bienhechora. La ingratitud es vicio muy feo, y no he querido imitar el ejemplo de las que insultan á quien las ha favorecido. ¡Ah! es muy cómodo hablar de las faltas ajenas para que no se fije la vista en las propias.

Lesbia, después de un momento de vacilación, iba á contestar. El diálogo tomaba alguna gravedad, y de seguro se habrían oído cosas bastantes duras, si el diplomático, interviniendo con su tacto de costumbre, no hubiera dicho:

—Señoras, por Dios..... ¿qué es esto? ¿No son ustedes íntimas amigas? ¿Una diferencia de opinión puede turbar el cielo purísimo de la amistad? Dénse las manos, y bebamos todos el último vaso á la salud de Lesbia y Amaranta enlazadas en dulce y amorosa fraternidad.

—Estoy conforme; esta es mi mano—dijo Amaranta alargando la suya con gravedad.

—Ya hablaremos de esto—añadió Lesbia estrechando con desabrimiento la mano de la otra dama.—Por ahora seremos amigas.

—Bien: ya hablaremos de esto.

En aquel momento entré yo, y la expresión del semblante de una y otra no me pareció indicar predisposiciones á la concordia. Con aquel desagradable incidente, que por fortuna no tomó proporciones, tuvo fin la tertulia, y la aparente reconciliación fué señal de partida. Levantáronse todos, y mientras el diplomático y Mañara se despedían de mi ama, Amaranta se llegó á mi con disimulo, acercó su boca á mi oído, y me dijo con una vocecita que parecía resonar dentro de mi cerebro:

—Tengo que hablarte.

Dejéme aturdido; pero mi sorpresa subió de punto un poco después, cuando acompañé á la comitiva por la calle, precediéndola con un farol, según costumbre, porque en aquel tiempo el alumbrado público, si en alguna calle existía, era digno émulo de la obscuridad más profunda. Llegamos á la calle de Cañizares, á una suntuosa casa, que era la misma en cuyo sotabanco vivía Inés, aunque se subía por distinta escalera. En el patio de aquella casa, que era la del marqués diplomático, ó mejor dicho, de su hermana, esperaban las literas que debían conducir á las dos damas á sus respectivas mansiones. Antes de entrar en la litera, Amaranta me llamó aparte, y díjome que al día siguiente fuese á buscarla á aquella misma casa, preguntando por una tal Dolores, que luego supe era doncella ó confidenta suya, cuyo mandato me alegró mucho, porque en él ví el fundamento de mi fortuna.

Volví á casa apresuradamente, y encontré á mi ama muy agitada, paseando con precipitación en la estrecha sala, y departiendo consigo misma, como si no tuviera el juicio muy sano.

—¿Observaste—me dijo,—si Isidoro y Mañara disputaban por la calle?

—No reparé, señora—la respondí.—¿Pues qué motivo tienen esos dos caballeros para enemistarse?

—¡Ah! no sabes cuán alegre estoy, Gabriel; estoy satisfecha—me dijo la González con extraviados ojos y tan febril inquietud, que me impuso miedo.

—¿Por qué, señora?—pregunté.—Ya es hora de descansar, y usted parece necesitar descanso.

—No, tonto, yo no duermo esta noche. ¿No sabes que yo no puedo dormir? ¡Ah, cuánto gozo considerando su desesperación!

—No entiendo á usted.

—Tú no entiendes de eso, chiquillo; vete á acostar... Pero no, no, ven acá y escucha. ¿Verdad que parece castigo de Dios? El muy simple no conoce la víbora que tiene entre sus brazos.

—Creo que se refiere usted á Isidoro.

—Justo. Ya sabes que está enamorado de Lesbia, Está loco, como nunca lo ha estado. ¡Ah! Con todo su orgullo, ¡quíllamente se arrastra á los piés de esa mujer! El, acostumbrado á dominar, es dominado ahora, y su impetuoso amor servirá de diversión y chacota en el teatro y fuera de él.

—Pero me parece que el Sr. Máiquez es correspondido.

—Lo fué; pero los favores de Lesbia pasan pronto. ¡Oh! Bien merecido le está. Lesbia es la misma inconstancia.

—No lo hubiera creído en una persona tan simpática y tan linda.

—Con esa carita angelical, con su sonrisa inalterable y su aire de ingenuidad. Lesbia es un mónstruo de liviandad y coquetería.

—Tal vez ese Sr. Mañara.....

—Eso no tiene duda. Mañara es hoy el favorecido, y si habla con Isidoro es para divertirse á su costa, jugando con el corazón de ese desgraciado. Si, el corazón de Isidoro está hoy como un ovillo de algodón entre las patas de una gata traviesa. ¿Pero no es verdad que le está bien merecido?.... ¡Oh, rabio de placer!

—Por eso la señora Amaranta no cesaba de decir aquellas cosas...—indiqué, deseando que mi ama esclareciera mis dudas sobre muchos sucesos y palabras de aquella noche.

¡Ah! Lesbia y Amaranta, aunque vienen juntas aquí, se aborrecen, se detestan, y quisieran destruirse una á otra. Antes se llevaban muy bien; mas de algún tiempo á esta parte....

yo creo que algo ocurrido en Palacio es la causa de esta inquina, que ha empezado hace poco, y será pronto una guerra á muerte.

—Bien se conoce que no se llevan bien.

—En Palacio, según me han dicho, arden pasiones encarnizadas é implacables. Amaranta es muy amiga de los Reyes Padres, mientras que Lesbia parece que es de las damas que más intrigan en el bando de los amigos del Príncipe de Asturias. Tan irritadas están hoy la una con la otra, que ya no saben disimular el odio que se profesan.

—¿Y es Amaranta mujer de tan mala condición como su amiga?—pregunté deseando inquirir noticias de la que ya consideraba como mi protectora.

—Todo lo contrario—repuso.—Amaranta es una gran señora, tan discreta como hermosa, y de conducta intachable. Gusta de proteger á los desvalidos: su sensible y tierno corazón es inagotable para los menesterosos que necesitan de su ayuda; y como es poderosísima en la corte, porque su valimiento casi excede al de los mismos Reyes, el que tenga la dicha de caerle en gracia, ya se puede considerar puesto en los cuernos de la luna.

—Ya me lo parecía á mí—dije muy contento por tan lisonjeras noticias.

—Espero que Amaranta—prosiguió mi ama con la misma calenturienta agitación,—me ayudará en mi venganza.

—¿Contra quién?—pregunté alarmado.

—Creo que se ha aplazado la función de la marquesa--Continuó sin atender á mi pregunta.--Nadie quiere hacer el desairado papel de Pésaro, y esto será ocasión de un lamentable retraso. ¿Querrás desempeñarlo tú, Gabriel?

—¡Yo, señora! . . . no sirvo para el caso.

Quedóse luego muy meditabunda, con el ceño fruncido y los ojos fijos en el suelo, y por fin volvió á su primer tema.

—Estoy satisfecha--dijo con esa hilaridad dolorosa, que indica las grandes crisis de la pasión.--Lesbia le es infiel, Lesbia le engaña, Lesbia le pone en ridículo, Lesbia le castiga. . . ¡Oh, Dios mío! Veo que hay justicia en la tierra.

Después, serenándose un poco, me mandó retirar, y cuando me hallé fuera, dejándola con su doncella, la sentí llorar con lágrimas francas y abundantes, que debían templar la irritación de su espíritu y poner calma en su excitado cerebro. A los consuelos y ruegos de su criada para que se retirase á descansar, no respondía más que esto:

—¿Para qué me acuesto, si sé que no he de dormir en toda la noche?

Retiréme á mi cuarto, que era un estrecho dormitorio donde jamás entraban ni en pleno día importunas luces. Me acosté bastante afligido al considerar la triste pasión de mi ama; pero estos pensamientos se enlazaron con otros relativos á mi propio estado, los cuales, lejos de ser tristes, alborozaban mi alma; y acompañado por la imagen de Amaranta, que iluminaba mi mezquino asilo como un rayo de luna, me dormí profundamente pensando en la fábula de Diana y Endimión, que conocía por una de las estampas de la sala.